

Segundo día de Navidad en la misa temprana

Tito 3:4-8

“Pero cuando se manifestó la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor para con la humanidad, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo, nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, llegáramos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna. Palabra fiel es esta, y en estas cosas quiero que insistas con firmeza, para que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras. Estas cosas son buenas y útiles a los hombres.”

1. Esta lectura de la Epístola enseña y promueve lo mismo de lo que hablamos al final de la lectura del Evangelio: el beneplácito o la buena voluntad y el amor para con nuestro prójimo. En resumen: ¿Por qué no hacer lo que Dios primero ha hecho por nosotros, ante quien éramos menos dignos de tales bendiciones que nadie lo es ante nosotros? Puesto que Dios ha sido bueno y amoroso a nosotros en darnos su misericordia, hagamos lo mismo para otros, aunque sean indignos, porque nosotros, como ellos, también éramos indignos.

2. Para que podamos entender tanto mejor esta Epístola, debemos conocer el contexto y la ocasión de estas palabras. Justo antes de esto, dice a su discípulo, Tito: “Recuérdales que se sujeten a los gobernantes y autoridades, que obedezcan, que estén dispuestos a toda buena obra. Que a nadie difamen, que no sean amigos de contiendas, sino amables, mostrando toda mansedumbre para con toda la humanidad. Nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de placeres y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, odiados y odiándonos unos a otros. Pero cuando se manifestó la bondad de Dios”, etc. (Tito 3:1–4).

Aquí ves que San Pablo nos contrasta con Dios y con otras personas. Quiere que seamos obedientes a las autoridades y amigables con los demás, sin considerar si sean malos, ciegos y errados. Más bien, debemos actuar en su beneficio, ser amables con ellos, y desear lo mejor para ellos en lo que hacemos, porque Dios hizo lo mismo para nosotros cuando éramos como ellos son ahora.

3. La palabra “se manifestó” se explica suficientemente en la Epístola anterior; significa la revelación del evangelio, por la cual Cristo ha aparecido en el mundo entero. Aunque la gente aplica esa Epístola al nacimiento de Cristo, eso no es importante. Aquí no usa la palabra “gracia” como antes, sino atribuye al Dios misericordioso dos términos deleitosos más: “bondad y amor para con la humanidad”. El primero es *chrestotes* en griego y es la caminata amistosa, deleitosa de una vida buena, de modo que todos gustosamente se asocian con tal persona. Su compañía es dulce, favorable a todos, e incita al amor. Soporta a la gente, no desprecia a nadie, no aleja a nadie con actitudes ni conductas hoscas, duras, raras. Todo el mundo se siente seguro en su alrededor, va hacia

él, y trata con él. Los Evangelios retratan a Cristo entre la gente de la misma manera: que es bondadoso con todos, no desprecia a nadie, no rehúsa a nadie, y es completamente dedicado, tierno y atento.

4. Así Dios por el evangelio ha demostrado que es completamente deleitoso y bondadoso, complaciente con todos, sin despreciar a nadie, considerando todos nuestros vicios para nuestro beneficio, y sin ahuyentar a nadie con su severidad. No se proclama otra cosa que la gracia, en la cual Dios nos lleva y trata con nosotros en la mejor manera; no trata con nadie sobre la base de su mérito ni dignidad. Ese es el tiempo de gracia, cuando todos pueden acudir al trono de su gracia con confianza (vea Hebreos 4:16). El salmista escribe: “Los que miraron a él fueron alumbrados y sus rostros no fueron avergonzados” (Salmo 34:5); es decir, no hace que vengas y pidas en vano, y vuelvas a casa vacío y avergonzado.

5. La segunda palabra es *philanthropia*, “amor a la humanidad”, así como la avaricia podría llamarse “amor al dinero”. David llama al deseo de la mujer “el amor de las mujeres” (2 Samuel 1:26). Así los filósofos naturales llaman a algunos animales “amantes a las personas” o “afables”, tales como perros, caballos y delfines, porque estos animales tienen una inclinación natural y un amor por las personas; se adaptan a ellas y gustosamente les sirven con gusto, como si tuvieran razón y comprensión por las personas.

6. El apóstol aquí atribuye tal nombre y amor a nuestro Dios; Moisés lo hizo antes cuando dijo de Dios: “con la ley de fuego a su mano derecha. Aun amó a su pueblo;” (Deuteronomio 33:2-3). Así el significado es: en el evangelio, Dios no solo se ha mostrado bueno, queriendo admitir y aceptar a todos que le rodean, sino que también se aferra a ellos, busca estar con ellos, y les ofrece su gracia y amistad.

7. Estas son dos palabras dulces y consoladoras acerca de nuestro Dios, que él ofrece su gracia y corre tras nosotros para recibir de la forma más amorosa a todos los que se le acercan y lo desean. ¿Qué más podría hacer? Ahora ves por qué el evangelio es una predicación consoladora y deleitosa acerca de Dios en Cristo. ¿Qué palabras más deleitosas se podrían decir a una conciencia pecadora y miserable? ¡Cuán desgraciadamente el diablo nos ha quitado estas palabras puras de Dios por las leyes del Papa!

8. Debemos dejar estos dos términos libres y comunes y no hacer ninguna acepción de personas entre la gente, porque esta divina “bondad y amor para con la humanidad” no viene de nuestro mérito ni reputación, sino solo de su misericordia, y afecta a todos los que se llaman seres humanos, sin importar cuan insignificantes sean. Dios no ama a la persona sino a la naturaleza, y no es llamado amante de personas sino amante de gente, de modo que la gloria sigue siendo suya, y nadie puede jactarse de su propia dignidad, como tampoco nadie puede excusarse debido a su indignidad. Más bien, cada uno puede consolarse en esta gracia inmerecida que él ofrece y da de una forma tan buena y amorosa.

Si alguien hubiera tenido una reputación digna, seguramente habrían sido los que habían hecho las obras de justicia. Pero San Pablo rechaza estos sobre todos y dice: “no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho”, etc. ¿Cuánto menos se hubiera manifestado debido a tu sabiduría, poder, nobleza, riqueza o buena apariencia? Es una gran gracia, pero es también solo la gracia que quita todo honor y gloria y solo establece la gloria de Dios, que la ha dado gratuitamente a los indignos.

9. Así que una vez más esta Epístola enseña las dos partes, la fe y el amor, o recibir beneficios de Dios y conceder beneficios al prójimo. Toda la Escritura promueve estas dos cosas; no puede haber una sin la otra. Si alguien no cree firmemente en la gracia de Dios, seguramente mostrará esto a su prójimo y será perezoso y negligente en hacer el bien con él. Cuanto más firmemente cree alguien, más diligente y dispuesto está en ayudar a su prójimo. Así la fe promueve el amor, y el amor aumenta la fe.

10. Por lo tanto, vemos lo poco que avanzamos en la fe cuando presumimos ser piadosos y salvarnos de otra manera. Diariamente inventamos tantas obras y doctrinas nuevas que finalmente no sabemos absolutamente nada de una vida verdaderamente buena. Sin embargo, toda la doctrina, las obras y la vida cristiana se incluyen breve, clara y plenamente en las dos partes de fe y amor. Colocan al hombre entre Dios y su prójimo, para recibir desde arriba y distribuir hacia abajo. Él es como una vasija o tubo por el cual el manantial de las bendiciones divinas debe fluir sin cesar hacia otras personas.

11. Las personas que realmente se asemejan a Dios son aquellas que reciben de Dios todo lo que él tiene en Cristo y en cambio lo muestran con beneficios para otros, como si fueran dioses para otras personas. Estas palabras se aplican aquí: “Yo dije: «Vosotros sois dioses y todos vosotros hijos del Altísimo” (Salmo 82:6). Somos hijos de Dios por la fe, que nos hace herederos de todas las cosas buenas de Dios. Pero también somos dioses por el amor, que nos hace beneficiar a nuestro prójimo. La naturaleza divina no es otra cosa sino pura beneficencia y, como dice Pablo aquí, “bondad y amor para con la humanidad”, que diariamente derraman sus cosas buenas en abundancia sobre todas las criaturas, como vemos.

12. Deja que estas palabras se digan a ti, puesto que la bondad y el amor para con la humanidad se revelan y se ofrecen a todos. Edifica tu fe sobre estas palabras; entrénate diariamente y fortalécete en ellas. Si sostienes sin duda alguna que es cierto y que Dios es y quiere ser bondadoso y amante a la humanidad hacia ti, entonces ciertamente lo es. Entonces con toda confianza puedes pedir y desear lo que quieras, todo lo que te oprima, lo que sea necesario para ti y para los demás. Pero si no lo crees, entonces sería mucho mejor si nunca lo hubieras escuchado. Por tu incredulidad conviertes estas preciosas, consoladoras y misericordiosas palabras en mentiras. Tomas la posición de que no crees que sean verdad, lo cual es una gran deshonra y calumnia de Dios; no podrías cometer un pecado mayor.

13. Pero si crees, entonces es imposible que tu corazón no se ría con gozo en Dios, y se vuelva libre, seguro y valiente. ¿Cómo pueden nuestros corazones permanecer tristes o

testarudos cuando no dudamos que Dios es bueno con nosotros y es nuestro buen amigo, con quien todo va bien tanto para nosotros como para él? Tal gozo y deleite tienen que seguir a la fe; si no, entonces nuestra fe ciertamente no es correcta. El apóstol llama esto “recibir al Espíritu Santo” en y por medio del evangelio. El evangelio es una predicación tan deleitosa de la gracia y dulzura de Dios que trae consigo el Espíritu Santo cuando lo escuchamos y predicamos, así como el resplandor del sol naturalmente trae calor con él.

14. ¿Cómo podría San Pablo haber escrito palabras más encantadoras y dulces? Me atrevo a decir que nunca he leído en toda la Escritura palabras más deleitosas sobre la gracia de Dios que estas dos: *chrestotes* y *philanthropia* “bondad y amor para con la humanidad” (Tito 3:4). En estas palabras la gracia es representada no solo como perdonando los pecados sino también como morando con nosotros, tratando amorosamente con nosotros, dispuesta a ayudarnos y lista para hacer todo lo que deseemos. Es como un amigo bueno y dispuesto, de quien podemos esperar todo lo bueno y con quien todo va bien. Si te imaginas a un buen amigo, entonces tienes una idea de cómo Dios se te ofrece en Cristo. Sin embargo, ese es un cuadro demasiado pequeño para representar tal gracia sobreabundante.

15. Si ahora crees esto, si te regocijas en Dios tu Señor, si estás vivo, si estás satisfecho con su gracia, si tienes lo que debes tener, ¿qué harás ahora en la tierra en esta vida? Ciertamente no debes estar ocioso. Sí, no puedes detenerte con tanto deleite y amor hacia Dios, sino te haces apasionado para hacer todo lo que sabes hacer mediante lo cual puedes dar alabanza, gloria y gracias a un Dios tan bueno y misericordioso. Ya no hay distinción de obras, y todos los mandatos se acabaron. No hay compulsión ni presión, sino solo una alegre intención y deleite en hacer el bien, ya sea que la obra sea insignificante o preciosa, pequeña o grande, corta o larga.

16. Primero, deseas que otras personas tengan tal conocimiento de la gracia divina. Así, tu amor brota y hace por todos lo que pueda, predica y proclama la verdad en dondequiera que pueda, y rechaza todo lo que no se predica ni se vive en conformidad con esta doctrina. Entonces el diablo y el mundo no pueden oír o ver tales cosas, y no quieren que rechaces lo que ellos hacen. Colgarán alrededor de tu cuello todo lo grande, docto, rico y poderoso, y te representarán como un hereje y un loco.

Entonces, como tu Señor Jesucristo, llegarás a la cruz por causa de la verdad; debes ser injuriado de la peor forma posible, y poner en peligro tu cuerpo, vida, propiedad, honor, amigos y todo lo demás, hasta que te alejen de ellos de esta vida a la vida eterna. Aun así, debes regocijarte en todo esto, contento de soportar todo y considerarlo como bueno, y una vez más ser bueno con ellos, recordando siempre que antes eras como ellos son ahora a los ojos de Dios. Tal fe y amor ciertamente hacen esto. Esa es una vida verdaderamente cristiana, que hace por los demás lo que Dios ha hecho por él.

17. El apóstol lo expresa aquí cuando dice que la bondad de Dios no se nos apareció ni nos salvó a causa de nuestra justicia. Es como si dijera: “Si éramos indignos pero fuimos recibidos por misericordia y recibimos los beneficios de Dios a pesar de nuestra

gran falta de mérito y nuestros pecados, ¿por qué debemos retener nuestros beneficios de todos aquellos que nos rodean que los merecen y son dignos? No, más bien seamos hijos de Dios y hagamos el bien inclusive a nuestros enemigos y los malhechores, como ha hecho Dios y sigue haciendo con nosotros que somos sus enemigos y malhechores”. Cristo también dice lo mismo: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos. Si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?” (Mateo 5:44–46).

18. San Pablo decisivamente nos rechaza no solo por nuestras obras malas, sino dice: “no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho”. Él se refiere a las obras que hemos presentado ante Dios, que nosotros hemos considerado justas, y sin embargo que solamente nos hacen más indignos de la gracia de Dios porque en sí son engañosas. Además, cometemos un pecado doble cuando las consideramos buenas, y confiamos en ellas, lo cual provoca mucho a Dios.

19. Nuestros adversarios, que están errados, nos provocan mucho, y sin embargo quieren afirmar que su trato de nosotros es correcto. Sin embargo, no debemos rehusar hacerles el bien, así como Dios ha hecho para nosotros por su misericordia cuando estábamos en el mismo error, cuando éramos necios, cuando pensábamos que lo que hacíamos fue bien hecho. Ahora, así como él no ha tratado con nosotros de acuerdo a nuestra justicia imaginada, así también nosotros no debemos tratar con ellos de acuerdo con sus méritos o falta de ellos, sino ayudarlos con amor puro y gratuitamente, esperando gracias y premios no de ellos, sino de Dios. Esto es suficiente para un resumen de esta Epístola.

20. Ahora veamos las palabras que usa para alabar y definir esta gracia. Primero, la exalta tanto que rechaza todas nuestras buenas obras y justicia. No debemos pensar que rechaza algo trivial con estas palabras, sino lo mejor que una persona puede hacer en la tierra, a saber, “la justicia”. Si toda la gente aplicara su mayor diligencia y obrara de acuerdo a la razón más elevada, la sabiduría y el libre albedrío, como leemos de la gran virtud y sabiduría de algunos maestros y príncipes paganos, como Sócrates, Trajano y otros, a quienes todo el mundo alaba en forma impresa y en voz alta, sin embargo, tal sabiduría y virtud no son nada ante Dios, sino solo pecado y condenables. Esto es porque no ha sucedido en la gracia de Dios; es decir, la persona no conoce a Dios, no lo honra con la obra, sino piensa que lo ha hecho por su propia habilidad. Sin embargo, no es enseñada por nadie excepto por la gracia en el evangelio.

San Pablo también se jacta de que en un tiempo llevaba una vida sin mancha más allá de todos sus contemporáneos; pensaba que hacía lo correcto cuando perseguía a los cristianos que rechazaban esa vida. Pero después de haber aprendido a conocer a Cristo, declaró que consideraba su justicia como suciedad e inmundicia, para que no fuera hallado en su propia justicia, sino en Cristo y en la fe, como testifica.

21. Por lo tanto, deja de lado toda alabanza al libre albedrío, a todas las virtudes humanas, a la justicia y a las buenas obras. Concluye que todas ellas no son más que corrupción, por mucho que brillen. Más bien, solo la gracia de Dios debe salvar y salva a todos los que creen y desean eso en una confesión verdadera de su propia corrupción y nadería.

22. Debemos acostumbrarnos al hecho de que la Escritura enseña dos clases de justicia. Una es la justicia humana, como la llama San Pablo aquí y a menudo en otras partes. La otra es la justicia divina, a saber, la gracia divina, que nos justifica por la fe, como San Pablo dice una y otra vez al final de la Epístola: “para que, justificados por su gracia, llegáramos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tito 3:7). Aquí ves que la gracia de Dios es nuestra justicia, que también se llama la justicia de Dios, porque nos la da por gracia y se hace nuestra, para que la recibamos.

Así dice: “El evangelio predica que la justicia divina es por la fe, como está escrito: ‘el justo vivirá por su fe’” (vea Romanos 1:17). De la misma manera dice: “Abram creyó a Jehová y le fue contado por justicia” (Génesis 15:6). Así que la Escritura concluye que nadie es justo ante Dios excepto los que creen, como ahora dice y cita San Pablo de Habacuc: “mas el justo por su fe vivirá” (Habacuc 2:4). Así la fe, la gracia, la misericordia y la verdad son una cosa, que Dios obra en nosotros por medio de Cristo y su evangelio, como está escrito: “Todas las sendas de Jehová son misericordia y verdad” (Salmo 25:10).

23. Pero andamos en las sendas de Dios, y él está en nosotros, cuando seguimos sus mandamientos. Todas estas sendas deben ser misericordia y fidelidad divinas, y no nuestra propia capacidad o fuerza, porque esos caminos son solo ira y falsedad ante los ojos de Dios, como él dice: “Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos.” (Isaías 55:9). Es como si dijera: “Tu justicia es terrenal y no es nada; debes andar en mi justicia celestial si quieres ser salvo”.

“sino por su misericordia” Tito 3:5

24. ¿Cómo pueden estas palabras ser correctas, que suenan como si ya estuviéramos salvos? ¿No estamos todavía en la tierra en la miseria? Respondo: Se dice así para resaltar el poder de la gracia divina y el carácter de la fe contra los hipócritas descarriados, que quieren obtener y adquirir la salvación por sus obras, como si aún estuviera lejos de ellos. No, porque Cristo nos ha salvado de una vez por todas de dos formas: Primero, ha hecho todo lo que es necesario para nuestra salvación, a saber, conquistó y destruyó el pecado, la muerte y el infierno, de modo que no queda nada que hacer. Segundo, nos ha dado todo esto en el bautismo, de modo que todo el que cree que Cristo ha hecho esto, inmediatamente en ese momento tiene todo, y todos sus pecados junto con la muerte y el infierno se han ido, de modo que no necesita nada más para la salvación que esta fe.

25. Dios derrama tales bendiciones sobreabundantes sobre nosotros en el bautismo para abolir las obras por las cuales los necios presumen obtener el cielo y ser salvos. No,

querido amigo, debes tener el cielo y ya ser salvo antes de hacer buenas obras. Las obras no merecen el cielo, sino todo lo contrario; el cielo, dado puramente por la gracia, hace las buenas obras, sin buscar mérito, sencillamente en beneficio del prójimo y para la gloria de Dios, hasta que el cuerpo también sea redimido del pecado, la muerte y el infierno. Por lo tanto, toda la vida que un cristiano creyente en la verdad vive después del bautismo no es más que una espera de la revelación de la salvación que ya tiene.

Ciertamente lo tiene todo, pero está escondido en la fe. Cuando esta fe llega a su fin, entonces la salvación se revela en él. Esto sucede en el momento de la muerte física, como está escrito: “Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:2–3).

26. Por lo tanto, no te dejes engañar por los hipócritas que menosprecian la fe, que ponen lejos de ti la salvación, y que te exhortan a obtenerla por las obras. No, querido amigo, está dentro de ti; ya está todo hecho, como dice Cristo: “El reino de Dios está dentro de ustedes” (Lucas 17:21). Por tanto, el resto de la vida después del bautismo no es más que una anticipación, una esperanza y un anhelo de la revelación de lo que hay en nosotros, para que podamos apropiarnos lo que se ha apropiado de nosotros, como dice San Pablo: “Lo persigo para asirme de ello, porque Cristo Jesús se ha asido de mí” (Filipenses 3:12), a saber, para que pueda ver qué cosas buenas se han puesto en el santuario de la fe. Tiene ganas de ver su tesoro, que el bautismo ha dado y sellado para él en la fe.

Así que continúa diciendo: “Pero nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo mortal en un cuerpo glorioso semejante al suyo” (Filipenses 3:20–21). De la misma manera, después de decir: “Conocéis a Dios”, retracta las palabras y dice: “más bien, que sois conocidos por Dios” (Gálatas 4:9). Ambos son ciertos, pero con esta distinción: Somos conocidos y ya asidos por Dios, pero aún no conocemos ni nos asimos de él. Nuestro conocimiento todavía está oculto y escondido en la fe.

Así dice también: “Fuimos salvos, pero en esperanza; a saber, no lo vemos todavía. Todo el que ve”, dice, “no espera, pero si esperamos lo que no vemos, lo esperamos con paciencia” (vea Romanos 8:24-25). También, Cristo dice: “Tened vuestra cintura ceñida y vuestras lámparas encendidas; sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que, cuando llegue y llame, le abran en seguida” (Lucas 12:35–36). Asimismo, San Pablo también dijo en la Epístola anterior: “y nos enseña que, ... vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, mientras aguardamos la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2:12–13).

27. Estos y otros pasajes similares testifican que ya somos salvos y que el cristiano no debe mirar las obras como un medio de salvación. Esta opinión y doctrina enceguece sus ojos cristianos, destruye el entendimiento correcto de la fe, y lo arrastra fuera del

camino de la verdad y la salvación. Dice aquí: “nos salvó... por su misericordia”; y al final de la Epístola: “para que... llegáramos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna”. Somos herederos, aunque esto está oculto en la fe, y esperamos su revelación con esperanza.

28. Esta espera y el resto de la vida después del bautismo sirven primero para que él pueda mortificar nuestros cuerpos y mostrar el poder de su gracia en el conflicto contra la carne, el mundo y el diablo; y finalmente para que él pueda beneficiar a nuestros prójimos a través de nosotros y llevarlos también a la fe por nuestra predicación y vida. Aunque podría hacer eso por medio de los ángeles, quiere hacerlo a través de nosotros, para que la fe permanezca y las cosas se hagan en forma agradable. No quedaría fe si los ángeles caminaran sin cesar entre nosotros. Eso no sería tan agradable como lo es la naturaleza que es como nosotros, con la que estamos familiarizados y que conocemos. Si todos fuéramos llevados al cielo inmediatamente después del bautismo, ¿quién con sus palabras y buen ejemplo convertiría a los demás y los llevarían a Dios?

29. Por tanto, sin duda es un presagio del diablo y el Anticristo que gastamos tanto por el purgatorio y, olvidando la fe, presumimos de protegernos contra él o redimirnos de él con obras, como si la salvación no se nos hubiera dado ya y tuviéramos que obtenerla en alguna otra forma que no sea por la fe. Sin embargo, vemos que esto está en conflicto con toda la Escritura y la vida cristiana. Quien no recibe la salvación puramente por la gracia, independientemente de todas las buenas obras, ciertamente nunca la recibirá de otra manera. Quien aplica sus buenas obras a su propio beneficio, para que con ellas se ayude a sí mismo y no a su prójimo, ciertamente no hace una buena obra. Todo lo que hace es sin fe, es solo error dañino y seducción.

El diablo ha llevado las cosas al punto de que todas las instituciones, todos los claustros, todas las misas y todas las oraciones se ocupan casi solo del purgatorio, junto con la idea venenosa de que la gente pueda ayudar a las cosas y obtener la salvación a través de las obras. Además, las riquezas del bautismo y la fe deben ser oscurecidas, y finalmente los cristianos no se convierten más que en paganos.

30. Señor Dios, ¡qué abominación! Deben enseñar a los cristianos, como lo hacen Cristo y San Pablo, que después del bautismo o de la absolución no deben comportarse de manera diferente a como lo harían si estuvieran listos para la muerte en cualquier momento y esperando la revelación de la salvación que han recibido. En cambio, a través de la confianza en el purgatorio, se les da una seguridad sin valor en la que solo piensan en esta vida, aplazan y posponen el arrepentimiento y la tristeza por el pecado hasta su lecho de muerte, y les ayudan a salir del purgatorio con fundaciones, misas de difuntos y legados. Ciertamente aprenderán. Ahora sigue:

“por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tito 3:5)

31. ¡Cuánto alaba la gracia de Dios que se nos ha dado en el bautismo con palabras desbordantes! Llama el bautismo un lavamiento en que no solo se limpian los pies o las

manos sino todo el cuerpo. El bautismo limpia y salva completa e inmediatamente. Para el punto más importante y para heredar la salvación nada más es necesario que esta fe en la gracia de Dios. Es la gracia pura, entonces, sin obras ni mérito, por la cual somos salvos. Así el amor, la alabanza, la gratitud y el honor de la misericordia divina continúan en nosotros eternamente puros, sin ninguna jactancia ni satisfacción en nuestra propia habilidad o cooperación, como se ha dicho suficiente y frecuentemente.

32. La justicia humana no es tal baño, sino solo un lavado de ropa y vasijas. Está escrito acerca de los hipócritas que ellos aparecen limpios a la gente y a sí mismos solo externamente, pero por dentro están llenos, llenos de inmundicia (Mateo 23:25-27). Así llama a este baño no un baño corporal, sino un “baño de regeneración”, que no solo lava la superficie de la piel para limpiar físicamente a una persona. Más bien, convierte toda su naturaleza y la cambia a otra naturaleza diferente, de modo que el primer nacimiento, el de la carne, se destruye con toda su herencia del pecado y la condenación.

Así se afirma de nuevo que nuestra salvación se nos dio inmediatamente y no se debe conseguir por obras. El nacimiento produce no solo un miembro, una mano o un pie, sino también la vida entera, la persona entera, que no trabaja para que pueda nacer, sino primero nace para que pueda trabajar. Así que las obras no nos hacen puros, piadosos y salvos, más bien, nosotros que somos primero puros, piadosos y salvos hacemos obras libremente para el honor de Dios y el beneficio de nuestro prójimo.

33. Este es el verdadero conocimiento de la gracia pura de Dios. Allí el hombre aprende a conocerse a sí mismo y a Dios, a alabar a Dios y a despreciarse a sí mismo, a hallar consuelo en Dios y desesperarse de sí mismo. Los que promueven leyes, mandatos y obras y quieren que el pueblo se salve por ellos son grandemente impedidos por esta doctrina.

34. Además, para que se pueda entender aun más claramente este baño y esta regeneración, añade la palabra “renovación”, porque hay un hombre nuevo, una naturaleza nueva, una criatura nueva, que piensa diferente, ama diferente, vive, habla y trabaja diferente que antes. También dice: “porque, en Cristo Jesús, ni la circuncisión vale nada ni la incircuncisión”, es decir, ninguna obra de la ley, “sino la nueva criatura” (Gálatas 6:15), como si dijera: “No tienes que parchar ni remendar aquí y allá con obras. Debe haber una piel completamente nueva, y tu naturaleza debe ser cambiada. Entonces las obras seguirán por sí mismas”.

35. Cristo también dice de este nacimiento: “El que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3). Aquí vemos que las obras no hacen esto; la persona debe llegar a ello ella misma y morir plenamente y hacerse otra persona, lo cual sucede por medio del bautismo cuando creemos, porque la fe es esta renovación. Aun los condenados volverán a nacer en el día postrero, pero eso es un renacimiento sin renovación. Serán inmundos, como lo han sido aquí en la vida de su viejo Adán. Por lo tanto, este es un baño, una regeneración, que hace a las personas nuevas.

36. Las Escrituras hablan mucho de este nacimiento en muchos lugares. Dios llama su propia palabra y evangelio *matrix* y *vulva* (vientre): “«Oídmelo, casa de Jacob ..., los que yo he traído desde el vientre” (Isaías 46:3), o bajo mi corazón, como las mujeres hablan de su embarazo. Todo el que cree este evangelio es concebido y nacido en el cuerpo de Dios. Más sobre este tema en otro momento.

37. Vemos que todas estas son palabras que derriban las obras y la arrogancia humana sobre los mandatos y describen claramente la naturaleza de la fe, que el hombre recibe la gracia de una vez por todas, y que es salvo, y que las obras no se añadan a eso, sino más bien la siguen, así como cuando Dios hace un árbol nuevo verde de un tronco muerto, y el árbol entonces da su fruto natural.

La gracia de Dios es muy grande, fuerte, poderosa y activa. No está, como inventan los predicadores de sueños, en el alma y el sueño, ni se deja llevar alrededor, como una tabla pintada lleva color. No, no es así; lleva, conduce, empuja, atrae, cambia y obra todo en la gente, y se siente y se experimenta. Está oculta, pero sus obras no están ocultas. Sus obras y palabras muestran en donde está, así como el fruto y las hojas indican la naturaleza del árbol.

38. Por lo tanto, la gracia se predica muy poco y escasamente cuando la gente no concede más que esto, que embellece las obras y ayuda a completarlas, como los sofistas Tomás y Escoto engañan y guían mal a la gente. La gracia no solo ayuda a hacer las obras, solo ella las hace. Sí, no solo las obras, sino también cambia y renueva toda la persona, y su obra es mucho más cuando cambia a la persona que cuando completa las obras de la persona. Quiere realizar un baño, una regeneración, una renovación, no solo de las obras, sino también de toda la persona.

39. Eso es lo que quiere decir predicar libre y plenamente sobre la gracia de Dios. San Pablo no dice aquí que Dios nos ha salvado por las obras; más bien, abre su boca para proclamar “por la regeneración y la renovación”. No se trata de remendar con las obras; se trata de cambiar completamente la naturaleza. Por tanto, sucede que aquellos que realmente creen deben sufrir mucho y morir para que la gracia pueda demostrar su naturaleza y presencia.

David dice sobre esto: “Grandes son las obras de Jehová, buscadas de todos los que las quieren” (Salmo 111:2). ¿Cuáles son estas obras tuyas? Nosotros, realizados en el bautismo por su gracia, somos grandes obras, obras nuevas, nuevamente nacidas. Es una gran cosa que una persona tan rápidamente se salva, se libera siempre del pecado, la muerte y el infierno. Por lo tanto, dice: “buscadas de todos los que las quieren” o desean; así Dios ha fundado y hace todo lo que el hombre desea. ¿Pero qué desea el hombre más que ser salvo, ser redimido del pecado, de la muerte y del infierno?

40. Finalmente, llama a este baño “regeneración, la renovación del Espíritu Santo”, para expresar perfectamente la grandeza y el poder de la gracia. Así que este baño es algo tan grande que ninguna criatura sino solo el Espíritu Santo debe hacerlo. San Pablo, ¡cuánto rechaza el libre albedrío, las buenas obras y los grandes méritos de los santos altivos!

¡Cuán en alto pones nuestra salvación, y sin embargo la pones tan cerca de nosotros, incluso en nosotros! ¡Cuán pura y claramente predicas la gracia! Por lo tanto, el obrar no vale, renovar al hombre y cambiar a la persona es imposible excepto por el lavamiento de la regeneración del Espíritu Santo.

41. Es fácil ver que nadie es más insoportable, arrogante, desvergonzado e incrédulo que los santos de la justicia por las obras. Son personas intratables, no renovadas, endurecidas y obstinadas que están atascadas en su viejo Adán, que se cubren y embellecen con sus buenas obras; no tienen ningún cambio en su naturaleza malvada, sino solo obras externas. Son gente maliciosa que no goza para nada el favor de Dios, aunque se imaginan que están sentados en su regazo.

42. Así, pues, San Pablo está aquí de acuerdo con Cristo, que dijo sobre este baño: “el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:5). Oyes hablar de “agua”, que es este baño; oyes hablar de “nacer de nuevo”, que es la regeneración y renovación; y oyes del Espíritu, a quien San Pablo llama “el Espíritu Santo”.

43. Hay que señalar que el apóstol no sabe nada sobre el sacramento de la confirmación. Enseña, como también Cristo, que el Espíritu Santo se da en el bautismo; de hecho, en el bautismo nacemos del Espíritu Santo. Leemos que los apóstoles impusieron sus manos sobre las cabezas de los que fueron bautizados, para que recibieran el Espíritu Santo (Hechos 8:17). Aplican esto a la confirmación. Sin embargo, esto sucedió para que pudieran recibir al Espíritu Santo en una señal pública y pudieran hablar en muchas lenguas, para predicar el evangelio. Pero con el paso del tiempo, esta práctica de imponer las manos fue abandonada y ya no existe, excepto en la ordenación o consagración al sacerdocio o al ministerio de la predicación, aunque aun eso se ha abusado horriblemente. Más sobre esto en otro momento.

“el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo, nuestro Salvador,” (Tito 3:6)

44. El Espíritu Santo no solo es dado, sino también “derramado”, y no solo derramado, sino también “derramado abundantemente”. El apóstol no puede hacer que la gracia y sus obras sean lo suficientemente grandes, mientras que nosotros, desafortunadamente, las hacemos tan pequeñas en comparación con nuestras buenas obras. Sería un insulto a Dios y su Espíritu Santo si pensáramos que él ricamente lo derrama sobre nosotros, y que luego todavía debería buscar algo más de nosotros y de nuestro poder por lo cual deberíamos ser justificados y salvos, como si esta obra divina superabundante fuera insuficiente para eso.

45. Entonces San Pablo habría hablado demasiado generosamente y podría con razón ser acusado de mentir. Pero habla con palabras tan rebosantes y exquisitas sobre el bautismo que está claro que nadie puede confiar demasiado en este baño y esta regeneración. Todavía hay más allí; nadie puede creerlo demasiado, porque todavía tiene más allí. Precisamente por eso, Dios ha incluido tan grandes tesoros en la palabra

y en la fe de que la naturaleza de esta vida no sería capaz de soportar ni comprenderlos si fueran presentados descubiertamente. Al mismo tiempo, cuando comienzan a ser descubiertos, el hombre tiene que morir y dejar esta vida, de modo que sea completamente absorbido y desaparezca en las riquezas, la pequeña punta de las cuales ahora ha comprendido en la fe. Tan abundantemente somos justificados y salvos sin ninguna obra, si tan solo lo creemos.

Por eso, dice San Pedro: “por medio de estas cosas nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas lleguéis a ser participantes de la naturaleza divina” (2 Pedro 1:4); no dice: “nos será dado”, sino “nos ha dado”. Cristo dice: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). Nota que todos los que creen tienen vida eterna. Así ciertamente son justificados y santos sin obras. Las obras no le añaden nada; más bien, es pura gracia y misericordia, derramada abundantemente sobre nosotros.

46. Pero tal vez digas: “¿Por qué en las Escrituras se dice tan a menudo que los que han hecho el bien se salvan?” Dice Cristo: “y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; pero los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Juan 5:29), y San Pablo escribe: “gloria y honor a todos los que hacen bien; furia e ira a todos los que hacen el mal” (vea Romanos 2:7-8). Hay muchos más pasajes así.

Respondo: ¿Cómo debería ser? No de ninguna otra forma que como rezan las palabras, sin ninguna explicación: el que hace el bien será salvo; el que hace mal será condenado. El error viene cuando juzgamos las buenas obras de acuerdo a su apariencia externa. La Escritura no hace eso; enseña que nadie puede hacer el bien a menos que él mismo primero sea bueno. No es bueno por sus buenas obras, sino que las obras se hacen buenas por medio de él. Pero él se hace bueno por el baño de la regeneración, y de ninguna otra manera. Eso es lo que Cristo está diciendo: “No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos” (Mateo 7:18). Por lo tanto, haz que el árbol esté sano o enfermo, y el fruto será como corresponde.

47. Es ciertamente el caso que los santos justos por sí mismos hacen obras que son similares a las obras de los regenerados; de hecho, a veces brillan más que las buenas obras de los regenerados. Oran, ayunan, dan, donan, hacen peregrinajes y se conducen de tal manera que casi brillan. Pero Cristo llama a eso “vestidura de ovejas” bajo la cual están “lobos rapaces”, porque ninguno de ellos es humilde, generoso, manso y bueno desde el fondo de su corazón. Revelan eso cuando sus obras son rechazadas, porque entonces producen sus verdaderos frutos naturales por los cuales son reconocidos, tales como juzgar insolentemente, la impaciencia, la obstinación, la calumnia y muchas otras cosas malas.

48. Por tanto, es verdad que todo aquel que hace el bien será salvo, es decir, su salvación será revelada, pero no podría hacer nada bueno si no fuera ya salvo por el nuevo nacimiento. Por lo tanto, la Escritura a veces se refiere a tales personas de acuerdo a su conducta externa en las buenas obras, a veces de acuerdo a su naturaleza

interna que promueve esa conducta externa en buenas obras, y dice: *Ya* son salvos por su naturaleza interna, y *serán* salvos si hacen bien. Es decir, si permanecen firmes, entonces su salvación será revelada.

49. Por lo tanto, las buenas obras hechas en el viejo nacimiento por el viejo Adán son las que el apóstol rechaza en esta Epístola cuando dice: “no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho”, etc. Son buenas obras, pero no ante Dios, que mira la cualidad de la persona, y luego las obras, así como miró primero a Abel, y luego a su ofrenda, y primero se apartó de Caín, y luego de su ofrenda (Génesis 4:4-5). Externamente, la ofrenda de Caín era probablemente tanto una ofrenda y una cosa buena como lo fue la ofrenda de Abel.

50. Es significativo que añada también “por Jesucristo, nuestro Salvador”. Quiere mantenernos bajo Cristo, como los polluelos bajo la gallina. Él mismo dice: “Jerusalén, ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste!” (Mateo 23:37).

51. Esto enseña la naturaleza de la fe verdadera y viviente. Enseña que no es suficiente para la salvación si crees en Dios como lo hacen los judíos y muchos otros, para quienes hace mucho bien y da grandes dones temporales. Pero debes creer en Dios por medio de Jesucristo. Primero, no dudes que él es tu Dios y Padre misericordioso, que ha perdonado todos tus pecados y te ha salvado en el bautismo.

En segundo lugar, sepas que todo eso no ha sucedido de balde o sin satisfacer su justicia. No hay lugar para que la misericordia y la gracia obren sobre nosotros y en nosotros, o nos ayuden a los bienes eternos y la salvación; la justicia se tiene que satisfacer primero en la forma más perfecta, como dice Cristo: “ni una jota ni una tilde pasará de la Ley, hasta que todo se haya cumplido” (Mateo 5:18).

Todo lo que se dice acerca de la gracia y bondad de Dios se debe entender solo de los que cumplen perfectamente sus mandamientos. Cuando los judíos fueron muy presuntuosos con Dios y clamaron continuamente: “¡Paz, paz!” y “¿Debería Dios estar tan enojado? ¿Debe su Espíritu ser roto de nosotros?” etc., luego responde: “En efecto, solo hablo bien de los que andan rectamente” (vea Miqueas 2:7). Nadie, por tanto, puede llegar a la gracia abundante de Dios a menos que haya cumplido al máximo los mandatos de Dios.

52. Ahora se ha dicho suficientemente que nuestras obras no son nada ante Dios, y que no podemos cumplir el menor mandato con una sola obra. ¡Cuánto menos podríamos satisfacer su justicia para hacernos dignos de su gracia! Además, aunque pudiéramos guardar todos sus mandatos y satisfacer su justicia en todas partes, sin embargo, no por eso estaríamos dignos de su gracia y salvación. No tendría ninguna obligación de darnoslas. Más bien, podría exigirlo todo como un servicio que le deben sus criaturas, que están obligadas a servirle a él. Todo lo que da más allá de eso es pura gracia y misericordia.

Cristo enseñó esto claramente cuando dijo en una parábola: “¿Quién de vosotros, teniendo un siervo que ara o apacienta ganado, al volver él del campo, luego le dice: ‘Pasa, siéntate a la mesa’? ¿No le dice más bien: ‘Prepárame la cena, cíñete y sírveme hasta que haya comido y bebido. Después de esto, come y bebe tú’? ¿Acaso da gracias al siervo porque hizo lo que se le había mandado? Pienso que no. Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: ‘Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos’” (Lucas 17:7–10).

53. Así que, entonces, el cielo se da por gracia y no por obligación a aquellos que hacen todo lo que están obligados a hacer, y el cielo también se da a tales personas (si las hubiera) no por mérito sino por la promesa y misericordiosa divina, como él promete: “Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos” (Mateo 19:17). Entonces ¿qué nos atreveríamos a hacer con nuestras miserables buenas obras? ¿Las alabaríamos tanto, como si fueran dignas del reino del cielo por su naturaleza y no solo debido a las promesas misericordiosas de Dios?

54. Primero, Dios nos ha dado un Hombre que satisface toda justicia divina en todas las cosas. En segundo lugar, también por este mismo Hombre derrama tal gracia y riqueza que, aunque recibimos esa gracia gratuitamente y sin mérito, aun con gran falta de mérito y con indignidad, no se nos dan por nada o sin mérito. Más bien, como San Pablo enseña, así como entramos en el pecado innato por medio de Adán en nuestro nacimiento natural sin nuestro propio mérito ni culpa, así otra vez llegamos en la regeneración a la gracia y a la salvación por medio de Cristo sin nuestro propio mérito ni obras.

55. Por lo tanto, el santo apóstol es tan diligente en todos los lugares en donde predica la gracia y la fe para añadir “por Jesucristo”, para que nadie se apresure a decir ciegamente: “Sí, creo en Dios”, y lo deje así. No, querido amigo, debes creer de tal manera que sepas cómo y por medio de quién debes creer, porque Dios quiere tener el cumplimiento de todos sus mandamientos y la satisfacción de su justicia de ti antes de que él acepte tu fe para salvación. Aunque pudieras satisfacerla, todavía deberías esperar la salvación solo de la gracia y no de la obligación, para que tu pavoneo y tu presunción queden postrados en el suelo ante los ojos de Dios.

56. Cristo es aquel a través del cual se te dan la gracia y la salvación; él ha satisfecho sobreabundantemente cada mandamiento divino y su justicia en tu lugar y para ti. Además, también es digno de que la gracia y la salvación se den a ti por medio de él. Esa es la verdadera fe cristiana.

Ninguna fe es suficiente sin la fe cristiana, que cree en Cristo y recibe solo estas dos partes por medio de Cristo (y aparte de él no las recibe): a saber, la satisfacción de la justicia divina y la gracia o el regalo de la salvación eterna. San Pablo dice: “[Cristo] fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25), no solo para quitar el pecado y cumplir los mandamientos de Dios, sino también para que nosotros, por medio de él, seamos dignos de ser justos e hijos de la gracia.

Asimismo: “Dios puso a Cristo como una propiciación por su sangre, para ser recibido por la fe” (vea Romanos 3:24-25). No es solo la fe ordinaria, sino la fe “en su sangre” con la que él, en nuestra naturaleza, ha hecho la satisfacción y así ha llegado a ser para nosotros un trono de gracia, de modo que recibimos tanto el perdón como la gracia sin costo ni labor para nosotros, pero no sin costo y labor para Cristo.

57. Por tanto, debemos cubrirnos bajo las alas de esta gallina, y no huir a la arrogancia de nuestra propia fe, o pronto seremos devorados por los gavilanes polleros. Nuestra salvación no debe basarse en nuestra justicia, sino, como he dicho a menudo, en la justicia de Cristo mismo, extendida sobre nosotros como una tienda o un ala.

58. Nuestra fe y todo lo que podemos tener de Dios no es suficiente. No es justa a menos que pase bajo las alas de esta gallina y crea firmemente que no nosotros, sino Cristo por nosotros puede satisfacer la justicia de Dios, y lo ha hecho, y que la gracia y la salvación se nos dan no por causa de nuestra fe sino por causa de Cristo. Así en todas partes la gracia pura de Dios se conoce, se promete, se gana y se da a nosotros en Cristo y por medio de Cristo.

Eso es lo que quiere decir cuando dice: “Nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6). En todo el evangelio él no hace nada sino sacarnos de nosotros mismos para entrar en él, extender sus alas, y atraernos bajo ellas. Eso también es lo que San Pablo pretende cuando dice al final de esta Epístola:

“para que, justificados por su gracia, llegáramos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna. Palabra fiel es esta.” (Tito 3:7-8)

59. No dice “por nuestra fe” sino “por su gracia”; a saber, solo Cristo tiene favor con Dios. Solo él ha cumplido la voluntad de Dios y merecido la vida eterna. Puesto que él lo ha hecho no por él mismo sino por nosotros, todos que creemos en él debemos tener el pleno beneficio de él, puesto que por medio de él y de su gracia son considerados como los que han hecho todo lo que Cristo hizo por ellos. ¡Qué cosa tan rica e inefable es la fe cristiana, que aporta tesoros tan grandes e incomprensibles a todos los creyentes!

60. Aprendamos de esto cuán preciosa es la predicación del evangelio, en la que estas cosas se predicán, y cuánto daño y destrucción de almas hacen los que guardan silencio acerca del evangelio y en su lugar predicán las obras de la ley, e incluso sus propias doctrinas humanas. Por tanto, guárdate de los falsos predicadores y también de la fe falsa. No confíes en ti mismo ni en tu fe. Arrástrate a Cristo, permanece bajo sus alas, permanece bajo su abrigo. Deja que su justicia y su gracia, no la tuya, sea tu refugio, para que puedas ser un heredero de la vida eterna no por la gracia que has recibido, sino, como dice aquí San Pablo, por su gracia.

El salmista también dice: “Con sus plumas te cubrirá y debajo de sus alas estarás seguro” (Salmo 91:4). Salomón dice: “Paloma mía, que anidas en lo oculto de la roca, en lo escondido de escarpados parajes” (Cantares 2:14); es decir, el alma se preserva en las heridas de Cristo. Esa es la verdadera fe cristiana, que no se arrastra en sí misma, como sueñan los sofistas naturales, sino en Cristo, y se preserva bajo él y por medio de él.

61. Ya se ha dicho suficientemente arriba que somos herederos de la vida eterna en la esperanza, puesto que la gracia sin obras lo ha dado todo a la vez, salvación, herencia, etc., pero en la esperanza. Todavía está oculta hasta la muerte, cuando veremos lo que hemos recibido y poseído en la fe.

LA ARMADURA DE ESTA EPÍSTOLA

62. Esta Epístola lucha fuertemente y con palabras explícitas contra toda justicia y buenas obras de la razón, la habilidad y el libre albedrío del hombre. Las palabras son claras: “nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia”. De hecho, todas las palabras se oponen a esa misma justicia, ya que él da completamente el mérito al baño de la regeneración, a la renovación, al Espíritu Santo, a Jesucristo y a su gracia. Ante tales rayos, ¿cómo puede quedar alguna arrogancia en nosotros mismos?

63. Por lo tanto, que brillen todas las leyes seculares y eclesiásticas; que brille el estado de todos los clérigos, monjes y monjas; que brille la vida honorable de todos los caballeros y damas como puede; que incluso levanten a los muertos; si la fe en Cristo no está allí, no es nada. Tal resplandor todavía enceguece y lleva al error al mundo entero y oscurece para nosotros los santos Evangelios y la fe cristiana.

Tan poco como las obras de los animales y los trabajos de los hombres ayudan para la salvación, igualmente poco ayudan estas obras brillantes y los estados de los hombres; de hecho, perniciosamente la impiden. Por tanto, guárdate contra los lobos vestidos de ovejas, y aprende a aferrarte a Cristo con fe verdadera y voluntaria.